

## **EDUARDO VICENTE MIRÁS**

### **“No pongamos límites a la gracia de Dios”**

Mons. Eduardo Mirás llegó a Rosario en 1994 y decidió quedarse para siempre. Hoy sus restos descansan en la Catedral Metropolitana “Ntra. Sra. del Rosario” junto a sus predecesores.

Hombre sereno, cálido, profundo, de gran sabiduría, cordial, de palabras justas, sencillo, prudente y humilde.

En una de mis primeras charlas con el Arzobispo Eduardo Martín sobre Mons. Mirás, él me dijo “es un santo varón de Dios”. Y era eso. Su sentido y amor a la Iglesia hacía que él ocupara el lugar que le correspondía. Nunca pedía estar en los primeros planos. Nunca quería “figurar”. Él quería estar o participar siempre como dispensador de la gracia de Dios pero nunca como protagonista. Sabía y predicaba que el protagonista es Dios.

Durante sus primeros años como Arzobispo emérito, él mismo decía “pregúntenle primero al Arzobispo y si su respuesta es favorable, con gusto voy”. No lo decía por rivalidad o competencia. Él sabía, cuál era su lugar en la Iglesia, una Iglesia a la que amó mucho y dedicó todas sus fuerzas durante tantos años.

Cierto día, en la sede de la Acción Católica me comentó que le costaba más bajar que subir las escaleras, a lo cual, como siempre le decía, le insistí “Monseñor, usted es joven”. Mons. Eduardo, con su característica inclinación de cabeza me mira con profundidad, sonrío y me dice, “tenés razón, recién voy a cumplir 89”, a lo cual yo le digo “y va a vivir hasta los 100”. Él me responde, con una gran sabiduría “no le pongas límites a la gracia de Dios”.

#### **La gracia de Dios no tiene límites**

Eduardo Vicente Mirás nació en Buenos Aires. Sus papás fueron Emilio Mirás y María Gracia Di Falco; tuvo dos hermanos. Casi un año después de su nacimiento es bautizado.

Luego de sus estudios primarios ingresa en el Seminario de Villa Devoto en 1941. En la Iglesia del mismo Seminario es ordenado presbítero el 03 de agosto de 1952, celebrando su primera Misa Solemne en la Parroquia del Pilar de Buenos Aires al día siguiente.

Sus primeros años de sacerdote los transita en la Parroquia de Flores, la misma a la que asistía Jorge Mario Bergoglio.

Tuvo muchos encargos pastorales: capellán de la comunidad de las Hijas de la Misericordia, profesor de Teología Dogmática en la Pontificia Universidad Católica Argentina, Director del Instituto de Cultura y Extensión Universitaria, secretario académico de la misma Pontificia Universidad Católica, miembro del Consejo

Presbiteral y del Consejo de Consultores y Juez Adjunto del Tribunal Nacional Eclesiástico.

San Juan Pablo II lo elige Obispo auxiliar de Buenos Aires y el 27 de abril de 1984 recibe la ordenación episcopal. Es nombrado Vicario Episcopal de la Zona de Devoto y más tarde Vicario General.

Luego de la renuncia de Mons. Jorge Manuel López, el mismo Papa lo nombra Arzobispo Metropolitano de Rosario y toma posesión el 11 de marzo de 1994 en el Patio Cívico del Monumento Nacional a la Bandera.

Como Arzobispo de Rosario visitaba las parroquias, capillas e iglesias, administraba el Sacramento de la Confirmación en cada pueblo y ciudad de esta gran Arquidiócesis.

Y se preparaba. Nunca predicaba lo mismo. Hacía con esmero las homilías. Él tenía un archivo donde guardaba sus escritos y cuando iba a algún lugar buscaba sus predicaciones para no repetir. Un sabio pastor.

Fue también vicepresidente y presidente de la Conferencia Episcopal Argentina durante años convulsionados para el país y nunca dejó de expresar las injusticias y llamar la atención a las clases dirigentes.

Quizás se lo recuerde mucho por los acontecimientos de 2001. Ante el caos, la desazón y la violencia, Mons. Mirás decidió interceder y acompañar a las personas que en ese momento lo necesitaban, con su presencia y su palabra. El mismo decía "el pastor debe mezclarse con el pueblo, no tiene que quedarse encerrado y gobernar desde un estrado o con un micrófono sino mezclarse y guiar al pueblo de Dios" (*Entrevista*, 2014)

En una de sus últimas homilías como Arzobispo de Rosario decía "Dios se nos presenta en cada momento en el rostro preocupado del pobre, en el abandono del niño de la calle, en la mirada sin horizonte de quienes perdieron la esperanza y en el cuerpo agobiado del enfermo. Y nos llama a comprometernos con todos los hermanos y a transformar el mundo con nuestras actitudes" (Homilía, 07/10/2005). Y eso que predicaba, lo sentía y lo hacía.

Algunos podrían decir que no era carismático, en el sentido mediático de la palabra. Pero yo creo que su carisma reposaba en su sabiduría y mansedumbre. Estar con Monseñor Mirás era estar en paz. Escucharlo hablar, contar anécdotas (su memoria era privilegiada) o recuerdos era aprender. Recordaba con mucho afecto, por ejemplo, a Enrique Shaw, y tenía en la memoria hasta la ubicación de la familia en los asientos de la Parroquia a la que asistían donde él celebraba Misa.

Cuando llegó a los 90 años escribió en su homilía: “es tiempo de pedir perdón a Dios y a toda la comunidad por la pobreza de mi respuesta al amor de Cristo y a la comprensión que todos me han brindado siempre. Perdón por los empeños pastorales que no abordé, y por los ejemplos de vida evangélica que no supe dar” (Homilía, 14/11/2019). Pidió perdón por aquello que no pudo o supo hacer. Ese ejemplo, de un hombre anciano respetado nos hace ver lo ilimitado de la gracia de Dios.

Seguramente se podrían escribir muchas cosas más sobre Eduardo Vicente Mirás como Arzobispo y Arzobispo emérito pero tenemos que quedarnos con “su exquisita humanidad, hecha de prudencia, afabilidad, capacidad de escucha y de silencio, de una gran sabiduría; virtudes éstas, y tantas otras que adornaban su vida, nacían de su vida de cristiano, de la presencia de Jesús en su vida, de ese Jesús que cambia la vida transfigurándola y haciendo el verdadero hombre nuevo, peregrino del cielo y comprometido con la realidad cotidiana” (Eduardo Martín, *Homilía*, 25/02/2022) porque sobre todas las cosas “era un indiscutido, una presencia querida por todos, así que le pedimos a él, ahora que está más cerca de Jesús, que nos de una mano grande, vos que quisiste tanto al país, a la Iglesia Argentina, porque necesitamos hombres como vos”. (Oscar Ojea, *Alocución*, 25/02/2022).

**Juan J. Granado**

Pastoral de la Comunicación  
Arquidiócesis de Rosario